

DIARIO DE UN ENAMORADO

Aban G.

Image not found.

Capítulo 1

DIARIO DE UN ENAMORADO.

Para Natalia, alguien súper especial, y sin la cual esta historia nunca se hubiera terminado.

"El amor es el sentimiento más grande e incomprensible que existe, nos puede dar fuerza para cualquier cosa e incluso hacernos matar en su nombre"

-KIORY MANATSU-

Capítulo 1. Primera impresión

Esto es ridículo para mí, empezar con este diario solo por el simple hecho de no poder confesarle lo que siento por ella. Bueno, antes que nada debería empezar por el día que la conocí, antes de entrar a más detalles.

Todo empezó el segundo día de preparatoria, nunca imagine que en un sitio como este fuera a encontrar a tan gran belleza. Entre al salón acompañado de la orientadora, apenas estuve al alcance de la mirada de todos, sentí como uno a uno me iban mirando. –Que estúpidos-. Pensé, como si nunca hubieran visto a alguien así, bueno a decir verdad no creo que nunca lo hubieran visto, tenía el cabello corto y vestía una camisa negra con un pantalón de mezclilla azul. –Pasa y siéntate donde quieras-. Esas fueron las primeras palabras de la maestra que estaba al frente dando clase.

En automático baje la mirada y me dirigí lo más rápido que me fue posible a la primera silla vacía que encontré, solo subí la vista hasta que estuve seguro que ya nadie me miraba. –Bien, ahora es mi turno-. Con toda la cautela de la que fui capaz mire a cada uno de mis compañeros, mientras que hacía pequeñas anotaciones dentro de mi mente. –Cara de idiota, muy estúpido, mejor no meterme con él-. Todo iba bien hasta que me encontré con un rostro, a diferencia de los demás este tenía la cara más dulce que había visto, sus rasgos eran muy finos, con una piel muy blanca.

Era la primera persona que veía así. –No la mires sigue con lo tuyo-. A pesar de las veces que trate de mover la mirada a otro lado no pude. Había algo en su cálido rostro que me obligaba a seguirla viendo. –Que estúpido es esto-. No pude evitar mostrar una sonrisa ¿Por qué? No se parecía a nadie que hubiera visto antes estoy seguro de eso, recordaría a alguien tan hermosa.

¡Alto ya! Me obligue a desviar la mirada de ella, me estaba perdiendo mi primera clase. – Piensa en algo más, piensa en otra cosa-. Con mucho esfuerzo logre prestar la suficiente atención a la clase para darme cuenta de que la materia era Comprensión Lector, una de las cuales se encontraba entre mis favoritas. Aunque no había escuchado más de la mitad aun así logre anotar el temario y el nombre de la maestra.

Después de cuatro horas de haber entrado nos dieron un pequeño receso de veinte minutos, y otra vez como impulsado por un imán mi vista empezó a seguirla, primero como se levantaba de su asiento, acción con la cual me percate de dos detalles, el primero que su estatura no era más de metro y medio y lo segundo, su cuerpo, el cual era muy esbelto. Todo esto sumado a su rostro le daba la apariencia de ser una muñequita de porcelana, de esas que ponen en las cajas musicales o incluso en algunas esferas de nieve.

Sin pensarlo mucho me levante en automático de mi asiento y la fui siguiendo con la mirada hasta que me anime a dar los primeros pasos para ir detrás de ella, su cabello se balanceaba como si un aire inexistente lo estuviera azotando. Hasta en su modo de caminar se asemejaba mucho al de una persona delicada. Qué maravilla era verla caminar de un lado a otro, mientras su cabello seguía moviéndose. Al terminar los veinte minutos, fui lo más rápido posible a mi asiento solo para poder verla pasar y sentarse nuevamente en el suyo. –Imposible, alguien como ella nunca me hará caso-.

Capítulo 2. Horas perdidas

Al termino del día, mi mirada la busco solo para poder ver como se alejaba a la luz de un día soleado, una vez que desapareció en la esquina empecé mi camino hacía el mismo lado, aunque esta vez no por seguirla si no para ir a mi casa, era mi primer día y no quería llegar temprano, así que decidí hacer el camino de regreso a pie, aunque trataba de pensar en otra cosa no podía, a cada paso que daba la recordaba, su rostro sus ojos de un color tan común pero en aquel rostro los hacía ver tan únicos y especiales, lo cual me asombraba y me asustaba a la vez era como si fuera una ilusión que de un momento a otro fuese a desaparecer, con solo pensar en qué pasaría si ella se fuera algo se desinflaba en mi interior

Sentía cada paso en las piernas, no era cansancio era otra cosa, algo que me ponía pesado todo el cuerpo como si llevara encima kilos de más. No podía evitar pensar que a cada paso que daba me alejaba más de ella, que sensación más extraña. Después de lo que me parecieron horas llegue a mi casa, solo para darme cuenta que el recorrido lo había hecho en una hora y estaba llegando a la hora acordada con mi madre.

Abrí la puerta con pesadez e inmediatamente me dirigí a mi cuarto, todo estaba a oscuras y no se oía ningún rastro de que estuviera habitada.

-Solo... Como siempre-. La caminata me había hecho sudar, aunque nunca me ha importado mucho este hecho decidí meterme a bañar para matar el tiempo.

El agua se encontraba a su máxima temperatura posible, lo cual lo hacía muy relajante en mi opinión, tarde todo lo que me fue posible en el baño, pero aun así seguía siendo muy temprano. No tenía tarea ni nada de tareas domésticas, era la primera vez que mi tarde estaba libre y no encontraba nada con que matar el tiempo.

-Qué triste-. Susurre. Aun en un pequeño susurro mis palabras se hacían más fuertes a falta de ruido.

Eran las cinco de la tarde, eso significaba que me faltaban catorce horas para volver a verla. -Debería dormir-. Apague las pocas luces que había prendido y me acosté en mi cama.

Un fino rayo de luz penetraba por un pequeño agujero de las cortinas e iba de una pared a otra de mi pequeña habitación.

-Que hermosa chica, aun no puedo creer que pueda existir alguien como ella-.

Poco a poco mis parpados se fueron cerrando mientras los últimos rayos de luz de aquel día se acababan y mis vagos pensamientos sobre ella salían a flote nuevamente. Sonreí. -Que hermosa...-. Y por fin el cansancio me venció y me quede dormido.

Capítulo 3. Cartas a una hermosa señorita.

Creo en el amor a primer a vista, antes podía afirmar que esto era una completa estupidez pero a medida que seguía observando la no dejaba de pensar en que el amor a primera vista era real.

Esta fue mi primera impresión a continuación escribiré lo que fueron los primeros meses.

Llevaba un mes entero de a ver entrado a la preparatoria y a pesar de que seguía igual de enamorado de ella aún no había podido hablarle, no era que no quisiera simplemente no podía, siempre que me acercaba a ella me quedaba sin aliento, empezaba a sentirme mareado y al final mis piernas comenzaban a temblar lo que provocaba que terminara corriendo de ahí lo más rápido que podía posible.

Pasaba horas acostado en completa oscuridad pensando en ella, a veces, cuando dejaba que mi imaginación viajara hasta lo mas profundo de mi mente aparecían ante mi imágenes de ella sonriéndome, incluso hasta abrazándola. Era, sin duda una sensación nueva y aunque fuera muy

extraña me gustaba mucho sentirla, solo podía decir que era indescriptible.

Quería hablarle, conocer su nombre y su tono de voz, la quería a ella... Mis siguientes intentos de hablarle no avanzaban así que comencé a escribir cartas, las primeras eran con la intención de dárselas pero ante mi falta de valor se fueron quedando en mi mochila creciendo en número alarmantemente, al inicio solo eran tres a la siguiente semana ya tenía ocho, y así hasta terminar con un total de veinte cartas las cuales nunca le entregué. Al inicio empezaban con frases como esta.

“Querida compañera, a falta de no tener el valor para acércame a usted, recurro a este medio para poder conocerla”.

Al momento de leerlas me avergonzaba de mí mismo, que tan bajo había caído, en qué clase de cobarde me había convertido. Después opte por poner frases amorosas de mi invención.

“El amor es acaso lo más difícil de entender nos obliga a recurrir a medidas desesperadas con tal de conseguir a nuestra amada”.

Ninguna de estas dos pociones me gustaba, de ahí el hecho de nunca haber entregado una carta, no creía que estuvieran a la altura de ella, en todas ellas ponían un gran empeño con una sola idea en la mente. –Esta carta si se la entrego-.

Pero todo cambiaba cuando la veía llegar, se me hacía un nudo en la garganta, mi estomago comenzaba a gruñir y mis manos a temblar automáticamente guarda la carta en la mochila con las demás y no volvía a sacarla hasta estar en mi casa.